

Meri Torras: *Tomando cartas en el asunto. Las amistades peligrosas de las mujeres con el género epistolar*. Zaragoza: Prensas Universitarias de Zaragoza, 2001

Que las mujeres somos pura naturaleza... por naturaleza es algo que se ha venido repitiendo desde que el hombre es hombre. Este libro de Meri Torras, documentado, inteligente y atractivo, indaga en dicha definición con motivo del género epistolar cuyo discurso, como se sabe, ha sido asimilado durante mucho tiempo a esa supuesta naturaleza femenina. Con atinado criterio, Torras se aleja de todo esencialismo en este sentido porque entiende que no hay un género epistolar que haya permanecido inmutable a lo largo del tiempo pero sobre todo porque el topos de la excelencia epistolar femenina no tiene que ver tanto con biología o psicología como con un discurso político que es el que lo ha producido.

Se abre el libro con un capítulo dedicado al origen de esa sutilísima y peligrosa *liaison* entre género epistolar y género femenino: el mundo de las célebres *salonnières* del XVII y XVIII francés. El porqué de la descentralización del poder que supusieron las actividades de las *salonnières*, las polémicas o *querelles* que suscitaron y el precio que pagaron todas ellas es lo que con firme pulso analiza Torres en esta primera parte del libro. Torres dialoga a lo largo de numerosas páginas con estas verdaderas *femmes savantes* que aprovecharon la fisura entre el ámbito privado y público que caracterizaba los salones que ellas mismas regentaban para erigirse en impulsoras de enciclopedistas, artistas o escritores, detentando un poder cultural de primer orden que se materializó, entre otras cosas, en el arbitraje de un lenguaje conversacional con el que se relacionaría precisamente la excelencia femenina epistolar. Ante la paradoja estilística, Torres insiste en que la sencillez, la inmediatez o la vivacidad de la escritura epistolar de aquellas mujeres es fruto de una retórica o de un arte más que de meramente su condición femenina.

La tercera parte del libro persigue el legado francés de las *salonnières* en el ámbito hispánico desde el siglo XVIII hasta el XX. Torres escoge diversos botones de muestra (desde las *Cartas Marruecas* de Cadalso a antologías de cartas, manuales de escritura epistolar o discursos de escritores) que le permiten concluir que en España el arraigo de la tradición francesa fue meramente superficial aunque sí avivó en el mismo siglo XVIII la cuestión del entendimiento de las mujeres como demuestran los textos de una de las ilustradas españolas más célebres, Josefa Amar. En España no se dieron, pues, ni tertulias femeninas, ni especiales avances en el poder de las mujeres, ni por lo tanto consolidación alguna de una escritura propia aunque sí se siguió identificando género epistolar con género femenino aún entrado el siglo XX, como muestran los textos de Pedro Salinas en quien se detiene Torras, un autor que siguiendo a Gustave Lanson y George Simmel sigue buscando justificar la mayor aptitud de las mujeres para las cartas... privadas, a las que duda en calificar o no de literatura.

Entre la primera y la tercera parte este libro nos ofrece un delicioso *intermezzo* en el que se acentúa el sesgo comparatista que recorre todo el libro. La autora se traslada a la llamada "pintura de género" de la Holanda del XVII para rastrear en ella la herencia del binomio francés que Torras relaciona con la ola de manuales epistolares parisinos que

invadió Holanda más que con un supuesto ejercicio real epistolar. Son éstas unas bellas y precisas páginas sobre la pintura de Jan Vermeer, Pieter de Hooch, Gerard Ter Borch o Gabriel Metsu, algunos de cuyos cuadros son reproducidos en esta edición. Torras recorre las diversas interpretaciones que ha recibido esa pintura de la cotidianeidad femenina y, tras una sabia lección hermenéutica acerca de cómo “los textos significan *en y por* intertextos”, concluye, siguiendo a Elisabeth Alice Honig, que de modo similar a las *salonnières* que controlaban el valor y el gusto de las obras artísticas, las holandesas, al atender al espacio límite de lo doméstico en tanto consumidoras (algunas creadoras) de esa pintura, lograron que ésta hiciera lo propio.

En conclusión, estamos ante un libro documentado e inteligente como queda dicho, virtudes a las que se suma el atractivo de la amenidad con que está escrito y el fino sentido del humor que impregna muchas de sus páginas (véase la “Posdata”).

Virginia Trueba Mira
Universitat de Barcelona